

mos castigos en el pueblo de Dios, los llama la Escritura instrumentos de la divina justicia. *Vae Asur, virga furoris mei!* Isai. x. ¡Ay de Asur, vara de mi furor! Y de Ciro, rey de los persas, por quien habia el Señor de castigar los caldeos, dice: *Cujus apprehendi dexteram.* Isai. XLV. Cuya diestra yo tengo de menear. Dice muy bien san Agustin á este propósito hablando sobre el salmo LXXIII: *Impietas eorum, tamquam securis Dei facta est. Facti sunt instrumentum irati; non regnum placati. Facit hoc enim Deus, quod plerumque facit et homo. Aliquando iratus homo apprehendit virgam jacentem in medio, fortasse quaecumque sarmentum; cedit inde filium suum, ac deinde projicit sarmentum in ignem, et filio servat hereditatem: sic aliquando Deus per malos erudit bonos:* Hase Dios con nosotros, como se suele haber acá un padre, que enojado con su hijo, toma un palo que halló por ahí, y castiga con él al hijo, y despues al palo échale en el fuego, y al hijo hácele heredero de todos sus bienes; de esa manera, dice el Santo, suele tambien el Señor tomar á los malos por instrumento y azote para castigar á los buenos.

En las historias eclesiásticas leemos (1), que en la destruccion de Jerusalem, como Tito, capitán de los romanos, paseándose al rededor de la ciudad, viese los fosos llenos de calaveras y cuer-

(1) Histor. Eccles. part. 1, cap. 1.

pos muertos, y que toda la comarca se inficionaba por su hedor, levantó los ojos al cielo con grande voz, y puso á Dios por testigo que él no era en que tan grande estrago se hiciese. Y cuando aquel bárbaro Alarico iba á saquear y destruir á Roma, le salió al encuentro un venerable monje, y le dijo que no quisiese ser causa de tantos males como en aquella jornada se cometerian; y él respondió: No voy por mi voluntad á Roma, mas una persona me combate cada dia y me atormenta, diciéndome: Vé á Roma, y destruye la ciudad (1). De manera que todas estas cosas vienen de la mano de Dios, y por orden y voluntad suya: y así el real Profeta David, cuando Semei le maldecía, y le tiraba piedras y polvo, dijo á los que se querian vengar de él: *Dominus præcepit ei, ut malediceret David; et quis est, qui audeat dicere, quare sic fecerit?* II Reg. xvi. Dejadle, que el Señor le mandó que me maldijese; quiere decir: el Señor le ha tomado por instrumento para afligirme y castigarme.

Pero ¿qué mucho es reconocer á los hombres por instrumentos de la justicia y providencia divina, pues que lo son los mismos demonios, obstinados y empedernidos en su malicia, y ansiosos de nuestra perdicion? Nótao esto maravillosamente san Gregorio sobre aquello que dice la Escritura en el

(1) Histor. Eccles. part. 2, lib. 9, cap. 2.

primer libro de los Reyes: *Spiritus Domini malus arripiebat Saul.* Lib. 18 Moral. cap. 3. Un espíritu malo del Señor atormentaba á Saul. El mismo espíritu se llama espíritu del Señor, y espíritu malo: malo, por el deseo de su mala voluntad, y del Señor, para dar á entender que era enviado de Dios para dar aquel tormento á Saul, y que Dios lo obraba por él; así lo declara allí el mismo texto, diciendo (1): *Exagitabat eum spiritus nequam à Domino;* y por la misma razon dice el Santo, que á los demonios que atribulan y persiguen á los justos, los llama la Escritura ladrones de Dios: ladrones, por la mala voluntad que tienen de hacernos mal; y de Dios, para darnos á entender que el poder que tienen para hacer mal le tienen de Dios.

Y así pondera muy bien san Agustin, in Psalm. XXXI: *Non dixit Job: Dominus dedit, diabolus abstulit:* No dijo el santo Job: El Señor me lo dió y el demonio me lo quitó; sino todo lo refirió luego á Dios, y dijo: El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; porque sabia muy bien que el demonio no puede hacer mas mal de lo que le es permitido por Dios; y prosigue el Santo: *Prorsus ad Deum tuum refer flagellum tuum; quia nec diabolus tibi aliquid facit, nisi ille permittat, qui desuper habet potestatem:* Ninguno diga: El demonio me hizo este mal: atribuid á Dios

(1) I Reg. xvi; Gregor. lib. 14 Mor. c. 18.

vuestro trabajo y azote; porque el demonio no puede hacer nada, ni tocarnos el pelo de la ropa, si Dios no le da licencia para ello. Aun en los puercos de los gerasenos no pidieron entrar los demonios sin pedir primero licencia á Cristo Señor nuestro como cuenta el sagrado Evangelio (1): ¿cómo os tocarán á vos, ni os podrán tentar sin licencia de Dios? El que no pudo tocar á los puercos, ¿cómo tocará á los hijos?

## CAPÍTULO III.

*De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios.*

El bienaventurado san Basilio dice, que la suma de la santidad y perfeccion de la vida cristiana consiste en atribuir las causas de todas las cosas, así grandes como pequeñas, á Dios, y conformarnos en ellas con su santísima voluntad; pero para que entendamos mejor la perfeccion é importancia de esto, y así nos aficionemos mas á ello, y lo procuremos con mayor cuidado, irémos declarando en particular los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios. Cuanto á lo primero, esta es aquella resignacion verdadera y perfecta, que tanto engrandecen los Santos y

(1) Matth. VIII.

todos los maestros de la vida espiritual, y dicen que es raíz y principio de toda nuestra paz y quietud; porque de tal manera sujeta y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de barro en las manos del artífice, para que haga de él todo lo que quisiere, no queriendo ya ser mas suyo, ni vivir para sí, ni comer, ni dormir, ni trabajar para sí, sino todo por Dios y para Dios. Pues eso hace esta conformidad: porque en ella se entrega uno del todo á la voluntad de Dios, de tal manera que no desea ni procura otra cosa, sino que en él se cumpla perfectamente la divina voluntad, así en aquello que el mismo hombre ha de hacer, como en todo lo que le puede acontecer, y así en las cosas prósperas y de consuelo, como en las adversas y trabajosas; lo cual agrada tanto á Dios, que por esto el rey David fue llamado de Dios varon segun su corazon: *Inveni virum secundum cor meum, qui faciet omnes voluntates meas.* I Reg. XIII; Actor. XIII. Porque tenia su corazon tan rendido y sujeto al corazon del Señor, y tan pronto y dispuesto para cualquier cosa que él quisiese imprimir en él de trabajo ó alivio, como está una cera blanda para recibir cualquier figura ó forma que le quisieren dar, que por eso dijo él una y otra vez: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*: Dispuesto está mi corazon, Dios mio, dispuesto y preparado está.

Lo segundo, el que tuviere esta conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, habrá alcanzado entera y perfecta mortificacion de todas sus pasiones y malas inclinaciones. Bien sabemos cuán necesaria es esta mortificacion, y cuán alabada y encomendada de los Santos y de la sagrada Escritura: pues esa mortificacion es un medio que necesariamente se ha de presuponer para venir á alcanzar esta conformidad con la voluntad de Dios: de manera que este es el fin, y la mortificacion es medio para alcanzarle, y el fin principal siempre suele ser mas alto y mas perfecto que el medio. Que la mortificacion sea medio necesario para venir á alcanzar esta union y conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, bien se ve; porque lo que nos impide esta union y conformidad es nuestra propia voluntad y apetito desordenado; y así cuanto uno negare, y mortificare su voluntad y apetito, tanto mas fácilmente se unirá y conformará con la voluntad de Dios. Para ajustar un palo basto con otro muy labrado y pulido, es menester labrarle y desbastarle primero; porque sino, ni se podrá unir ni juntar bien con él. Pues eso hace la mortificacion: vanos desbastando, acepillando y labrando, para que así nos podamos unir y ajustar con Dios, conformándonos en todo con su divina voluntad; y así cuanto uno mas se fuere

mortificando, tanto mas se irá uniendo y ajustando con la voluntad de Dios, y cuando estuviere perfectamente mortificado, llegará á esta perfecta union y conformidad. *Matth. VI.*

De aquí se sigue otra cosa, que puede ser la tercera; que esta resignacion y conformidad entera con la voluntad de Dios es el mayor, mas acepto y agradable sacrificio que el hombre puede ofrecer de sí á Dios; porque en los otros sacrificios ofrécele sus cosas, mas en este ofrécese á sí mismo: en los otros sacrificios y mortificaciones, mortifícase uno en parte, en la templanza ó en la modestia, en el silencio ó en la paciencia, ofrece á Dios parte de sí; pero este es un holocausto en el cual se ofrece uno enteramente y del todo á Dios, para que haga de él todo lo que quisiere, y cómo quisiere, y cuándo quisiere, sin exceptuar ni sacar cosa alguna, ni reservar nada para sí; y así cuanto va del hombre á las cosas del hombre, cuanto va del todo á la parte, tanto va de este sacrificio á los demás sacrificios y mortificaciones.

Y estima Dios esto en tanto, que eso es lo que él quiere y pide de nosotros: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi.* Prov. XXIII. Hijo, dame tu corazon. Así como el azor real no se ceba sino de corazones, así Dios lo que mas aprecia y estima es el corazon; y si ese no le dais, con ninguna otra cosa le podréis contentar ni satisfacer: y no nos

pide mucho en pedirnos esto; porque si á nosotros que somos un poco de polvo y ceniza no nos basta á hartar ni contentar todo cuanto Dios tiene criado, ni estará satisfecho este nuestro pequenuelo corazon con menos que Dios, ¿cómo pensais vos contentar y satisfacer á Dios, dándole aun no todo vuestro corazon, sino parte de él, y reservando parte para vos? Muy engañado estais; que no es nuestro corazon para poderle dividir ni repartir de esa manera: *Coangustatum est enim stratum, ita ut alter decidat, et pallium breve utrumque operire non potest*: Cama pequeña y estrecha es el corazon, dice el profeta Isaías, cap. XXVIII, no cabe en él mas que Dios, y por eso le llama la esposa camilla pequeña (1): *In lectulo meo per noctes quasivi, quem diligit anima mea*; porque tenia su corazon estrechado de tal manera que en él no cabia otro que su esposo; y el que quisiere extender y dilatar su corazon para dar en él lugar á otro, echará á Dios de él; y de eso se queja su Majestad por Isaías, cap. LVII: *Quia juxta me discooperuisti, et suscepisti adulterum, dilatasti cubile tuum, et pepigisti cum eis fœdus*: Adulterado habeis, recibiendo en la cama de vuestro corazon á otro que á vuestro esposo, y por cubrir al adúltero descubristis y echais fuera á Dios. Mil corazones que tuviéramos los ha-

(1) Glib. Abb. serm. 2 in Cantic. apud Bern. Cant. 3.

bíamos de ofrecer á Dios; todo nos ha de parecer poco para lo que debemos á tan gran Señor.

Lo cuarto, como decíamos al principio en el cap. 1, quien tuviere esta conformidad, tendrá perfecta caridad y amor de Dios; y cuanto mas creciere en ella, tanto mas irá creciendo en amor de Dios, y consiguientemente en la perfeccion, que consiste en esa caridad y amor: lo cual, fuera de lo dicho, se colige bien de lo que acabamos de decir; porque el amor de Dios no consiste en palabras, sino en obras: *Probatio dilectionis, exhibitio est operis*, dice san Gregorio, *hom. in Evang.* La prueba del verdadero amor son las obras; y cuanto las obras son mas dificultosas, y nos cuestan mas, tanto mas manifiestan el amor; y así el apóstol y evangelista san Juan queriendo declarar, así el amor grande que Dios tuvo al mundo, como el amor grande que Cristo Señor nuestro tenia á su Padre eterno, de lo primero dice: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Joan. III. Fue tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que nos dió á su Unigénito Hijo, para que padeciese y muriese por nosotros; y de lo segundo dice el mismo Cristo: *Ut cognoscat mundus, quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio: surgite, eamus hinc.* Joan. XIV. Para que conozca el mundo que amo á mi Padre: levantaos, y vamos de aquí; y el negocio á que

iba era á padecer muerte de cruz. En eso mostró y dió testimonio al mundo, que amaba á su Padre, en que cumplia su mandamiento tan riguroso: de manera que en las obras se muestra el amor, y tanto mas, cuanto las obras son mayores y mas trabajosas. Pues esta conformidad entera con la voluntad de Dios, como hemos dicho, es el mayor sacrificio que podemos hacer á Dios de nosotros; porque presupone una perfectísima mortificación y resignacion, con la cual se ofrece uno á Dios, y se pone del todo en sus manos, para que haga de él lo que quisiere: y así no hay cosa en que mas muestre uno el amor que tiene á Dios que en esto, pues le da y ofrece todo lo que tiene, y todo lo que podia tener y desear; y si mas tuviera y pudiera, todo se lo diera.

#### CAPÍTULO IV.

*Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra.*

El que llegare á tener esta conformidad entera con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas que sucedieren como venidas de su mano, y conformándose en ellas con su santísima y divina voluntad, habrá alcanzado una felicidad y bienaventuranza acá en la tierra: gozará de una paz y

tranquilidad muy grande, tendrá siempre un gozo y alegría perpétua en su alma, que es la felicidad y bienaventuranza de que gozan acá los grandes siervos de Dios; porque, como dice el Apóstol: *Non est regnum Dei esca, et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto.* Ad Rom. XVII. No está la bienaventuranza de esta vida en comer y beber, y darse á los pasatiempos y deleites sensuales, sino en la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo; ese es el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos acá gozar: y con razon se llama esta bienaventuranza, pues nos hace en cierta manera semejantes á los bienaventurados; porque así como allá en el cielo no hay mudanzas ni vai-venes, sino siempre permanecen los bienaventurados en un ser, gozando de Dios; así acá los que han llegado á esta entera y perfecta conformidad, que todo su contento es el contento y voluntad de Dios, no se inquietan ni turban con las mudanzas de esta vida, ni con los varios sucesos que acontecen; porque está su voluntad y corazon tan unido y conforme con la divina voluntad, que el ver que todo aquello viene de su mano, y que se cumple en ello la voluntad y contento de Dios, hace que los trabajos se les conviertan en gozo, y los desconsuelos en alegría; porque mas quieren y aman la voluntad de su amado que la

suya: y así á estos tales no hay cosa que les pueda turbar; porque si lo que les podia turbar y dar pena, que son los trabajos, adversidades y deshonras, los toman ellos por particular regalo y consuelo, por venirles de la mano de Dios y ser aquella su voluntad, no queda cosa que los pueda inquietar, ni quitar la paz y tranquilidad de su alma.

Esta es la causa de aquella paz y alegría perpétua con que leemos que andaban siempre aquellos Santos antiguos, un san Antonio, un santo Domingo, un san Francisco y otros semejantes: y lo mismo leemos de nuestro Padre san Ignacio (1), y lo vemos ordinariamente en los grandes siervos de Dios. ¿Por ventura carecian de trabajos aquellos Santos? ¿No tenían tentaciones y enfermedades como nosotros? ¿No pasaban por ellos varios y diversos sucesos? Sí por cierto, y mas dificultosos que por nosotros; porque á los mas santos les suele Dios probar y ejercitar mas con semejantes cosas. Pues ¿cómo estaban siempre en un mismo ser, con un mismo semblante, con una serenidad y alegría interior y exterior que siempre parece que era pascua para ellos? La causa de esto era la que vamos diciendo; porque habian llegado á tener una conformidad entera con la voluntad de Dios, y puesto todo su gozo en el cumplimiento de ella; y así todo se les

(1) Lib. 5, cap. 5 vitæ P. S. Ignatii.

convertia en contento: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*. Ad Rom. VIII. *Non contristabit justum, quidquid ei acciderit*. Matthæi, XII. El trabajo, la tentacion y la mortificacion, todo se les convertia en gozo, porque entendian que aquella era la voluntad de Dios, la cual era todo su contento. Habian alcanzado ya la felicidad y bienaventuranza de que acá en esta vida se puede gozar; y así andaban como en gloria. Dice muy bien á este propósito santa Catalina de Sena en los Diálogos, que los justos son como Cristo nuestro Señor, el cual nunca perdió la bienaventuranza del alma, aunque tenia muchos dolores y penas: así los justos nunca pierden esta bienaventuranza, que consiste en la conformidad con la voluntad de Dios, aunque tengan muchas adversidades; porque siempre dura y permanece en ellos el gozo y contento de la voluntad y contento de Dios que en aquello se cumple.

Esta es una perfeccion tan alta y tan aventajada, que dice el apóstol san Pablo, ad Philip. IV, que sobrepuja todo sentido: *Et pax Dei, quæ exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Jesu*. Dice que esta paz sobrepuja todo sentido; porque es un tan alto y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender cómo sea posible que un corazón de carne esté quieto, pacífico y consolado

en medio de los torbellinos y tempestades de las tentaciones y trabajos de esta vida. Parece eso á la maravilla de la zarza que vió Moisés, que ardia, y no se quemaba, y al milagro de aquellos tres mancebos que estaban en el horno de Babilonia, que en medio del fuego permanecieron sanos y enteros, y alabaron á Dios. Esto es lo que el santo Job en el cap. X, hablando con Dios, decia: *Mirabiliter me crucias*: Maravillosamente, Señor, me atormentais; dando á entender por una parte el trabajo y dolor grande que padecia, y por otra el gusto y contento grande que tenia en padecerle, por ser aquella la voluntad y contento de Dios.

Cuenta Casiano, *coll. 12, c. 13*, que estando un santo viejo en Alejandría cercado de grande muchedumbre de infieles, que le decian maldiciones, él estaba en medio de ellos como un cordero, sufriendo y callando, con gran quietud de corazón; escarnecian de él, dábanle golpes y empujones, y hacíanle otras gravísimas injurias, y entre otras cosas le dijeron con escarnio: ¿Qué milagros ha hecho Jesucristo? Respondió: Los milagros que ha hecho, son, que estando sufriendo las injurias que me haceis, y otras mayores que fuesen, no me indigne ni enoje contra vosotros, ni me turbe con alguna pasion: esa es gran maravilla, y una muy alta y aventajada perfeccion.

De aquel monte de Macedonia, llamado Olimpo, dicen los antiguos, y lo trae san Agustin en muchos lugares (1), que es de tan grande altura, que no se sienten allá arriba ni vientos, ni lluvias, ni nubes: *Nubes excedit Olympus*: ni aun las aves pueden aportar allá; porque está tan alto, que sobrepuja esta primera region del aire, y llega á la segunda; y así está allí el aire tan puro y delicado, que no se pueden engendrar ni sustentar en él las nubes que habian menester aire mas denso; y por la misma razon no se pueden allí tener las aves, ni aun los hombres pueden vivir allí; porque por ser el aire tan sutil y delicado, no es suficiente para poder respirar; y de esto dieron noticia algunos que subian allá de año en año á hacer ciertos sacrificios, los cuales llevaban consigo unas esponjas mojadadas, para que puestas á las narices, pudiesen condensar el aire, y así respirar: estos escribian allá arriba en el polvo unas letras, las cuales hallaban otro año tan formadas y enteras como las habian dejado: lo cual no pudiera ser, si llegaran allá los vientos y lluvias. Pues este es el estado de perfeccion á que han subido y llegado los que tienen esta conformidad entera con la voluntad de Dios: *Nubes excedit Olympus, et pacem sum-*

(1) Augustin. lib. de Gen. ad lit. en el Imperfecto, cap. 13, et lib. 3, cap. 1, et lib. 1 de Genes. cont. Manich. cap. 15; Lucanus, lib. 2 Pharsalicæ.

*nam tenet*: hanse subido y levantado tan alto, han alcanzado ya una paz tan grande, que no hay nubes, ni vientos, ni lluvias que lleguen allá, ni hay aves de rapiña que salteen ni roben la paz y alegría de su corazón.

San Agustin, sobre aquellas palabras: *Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur*, lib. de sermon. Domini in mont. c. 8, Matth. V, dice, que por eso llama Cristo nuestro Señor á los pacíficos bienaventurados é hijos de Dios, porque no hay cosa en ellos que resista ni contradiga á la voluntad de Dios, sino en todo se conforman con ella, como buenos hijos que en todo procuran ser semejantes á su padre, no teniendo otro querer ni no querer, sino lo que su padre quiere ó no quiere.

Este es uno de los puntos mas espirituales y principales que hay en la vida espiritual: el que llegare á tomar todas las cosas que le sucedieren, así grandes como pequeñas, como venidas de la mano de Dios, y á conformarse en ellas con su divina voluntad, de manera que todo su contento sea el contento de Dios y el cumplimiento de su santísima voluntad, ese tal ha hallado paraíso en la tierra: *Factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sion*. Psalm. LXXV. Este tal, dice san Bernardo *in Sententiis*, podrá con toda seguridad y confianza cantar aquel cántico del Sábio: *In his omnibus requiem quæsi, et in hereditate Domini*

*morabor*, Eccli. xxiv; porque ha hallado el verdadero descanso, y el gozo lleno y cumplido, que nadie le podrá quitar: *Ut gaudium vestrum sit plenum, et gaudium vestrum nemo tollet à vobis*. Joan. xvi, v. 22, 24. ¡Oh si acabásemos de poner todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que nuestra voluntad sea siempre la suya, y nuestro contento el suyo! ¡que no tenga yo, Señor, otro querer ni no querer, sino lo que Vos quereis ó no quereis, y que eso sea mi consuelo en todas las cosas! *Mihi autem adherere Deo bonum est: ponere in Domino Deo spem meam!* Psalm. lxxii. ¡Oh cuán bueno sería para mi alma el vivir, y juntarme de esta manera con Dios! ¡Oh qué dichosos seríamos, si estuviésemos siempre tan unidos con él, que no mirásemos en todo lo que hacemos y padecemos sino que estamos cumpliendo la voluntad de Dios, y ese fuese todo nuestro contento y regocijo! Esto es lo que dice aquel Santo (1): «Aquel á quien todas las cosas le fueren uno, y todas las cosas trajere á uno, y todas las cosas viere en uno, podrá ser firme de corazón, y permanecer pacífico en Dios.»

(1) Thom. de Kempis, lib. 1 de contemptu mundi, cap. 3.

## CAPÍTULO V.

*Que en solo Dios se halla contento, y el que le pusiere en otra cosa, no podrá tener verdadero contento.*

Los que ponen su contento en Dios y en su divina voluntad, gozan de un contento y alegría perpétua; porque como están asidos á aquella firme columna de la voluntad de Dios, participan de aquella inmutabilidad de la divina voluntad; y así están siempre firmes é inmóviles, y en un mismo ser: pero los que están asidos á las cosas del mundo, y tienen puesto su corazón y contento en ellas, no pueden tener contento verdadero ni inmutable, porque andan con las cosas, y dependen de ellas, y así están sujetos á las mudanzas de ellas. El glorioso san Agustín declara esto muy bien. Sobre aquello del salmo vii: *Concepit dolorem, et peperit iniquitatem*, dice: *Non enim poterit labor finire, nisi hoc quisque diligat, quod invito non possit auferri*: Tened por cierto, que mientras no pusiereis vuestro contento en lo que no os pueda nadie quitar contra vuestra voluntad, siempre estaréis con pena y con sobresalto.

De nuestro Padre san Francisco de Borja leemos (1), que cuando llegó á Granada con el cuerpo de la em-

(1) Lib. 1, cap. 7 vitæ P. N. Franc. de Borj.

peratriz, al tiempo que hubo de hacer la entrada de él, destaparon la caja de plomo en que iba, y descubrieron su rostro, el cual estaba tan trocado, tan feo y desfigurado, que ponía horror á los que le miraban: causó esto en él tanto sentimiento, que tocándole Dios el corazón con aquel desengaño tan grande del mundo, propuso firmemente: Yo os ofrezco, Dios mio, de no servir mas á señor que se me pueda morir. Pues tomemos nosotros esta resolución, que es muy buena: Yo propongo, Señor, de no poner de aquí adelante mi corazón en cosa que se me pueda morir, en cosa que se pueda acabar, ni en cosa que otro me pueda quitar contra mi voluntad; porque de otra manera no podrémos tener contento verdadero.

*Nam cum ea diliguntur*, dice san Agustín, tract. 24, *quæ possimus contra voluntatem dimittere, necesse est, ut pro iis miserrime laboremus*: Porque si teneis puesto vuestro amor y afición en aquello que os pueden quitar contra vuestra voluntad, claro está que cuando os lo quitaren, lo habeis de sentir. Esa es cosa natural: no se deja sin dolor lo que se posee con amor, y cuanto mayor fuere el amor, tanto mayor será el dolor. Y confirmando esto mismo en otro lugar, dice: *Qui vult gaudere de se, tristis erit*. Si poneis vuestro contento en tal oficio, ó en tal ocupación, ó en estar en tal lugar, ó en otra cosa semejante, ese con-

tento fácilmente os lo podrá quitar el superior; y así nunca viviréis contento. Si poneis vuestro contento en las cosas, ó en el cumplimiento de vuestra voluntad, esas mudanse fácilmente, y cuando ellas no se mudasen, vos mismo os mudais; porque lo que hoy os agrada y contenta, mañana os desagrada y descontenta; sino vedlo en aquel pueblo de Israel, que en teniendo el maná, se enfadaron y pidieron otro manjar; y en viéndose libres, luego tornaron á desear la sujeción, y suspiraban por Egipto, y por los ajos y cebollas que allá comían, y desearon muchas veces volverse allá. Nunca tendréis contento, si le poneis en estas cosas: *Qui autem de Deo vult gaudere, semper gaudebit: quia Deus sempiternus est*; empero el que pusiere todo su contento en Dios y en el cumplimiento de su divina voluntad, este siempre vivirá contento; porque Dios es sempiterno, nunca se muda, siempre permanece en un ser. Pues, *vis habere gaudium sempiternum?* (dice el Santo) *adhære illi, qui sempiternus est*: ¿Quereis tener un gozo y contento perpétuo y sempiterno? poned vuestro corazón en Dios, que es sempiterno.

El Espíritu Santo pone esta diferencia entre el hombre necio, y el hombre sábio y santo: *Stultus sicut luna mutatur; homo sanctus in sapientia manet, sicut sol*. Eccli. c. xxvii. El necio múdase como la luna, hoy creciente, y mañana men-